

Original link (<https://www.laprensa-latina.com/mas-accion-y-menos-palabreria-la-epidemia-de-armas-de-fuego/>) is temporarily unavailable, below is the original draft.

Más acción y menos palabrería: la epidemia de armas de fuego **Actions over Words: How to Stop the Gun Violence**

Por Pedro Acevedo – LPL

Irresponsable. Inmoral. Ridículo. Increíble. Muchos son los adjetivos que pueden ser usados para describir al problema de armas de fuego en los Estados Unidos, un país que más que dejar atrás su afán por las máquinas de matar, sigue adentrándose en una sangrienta senda de violencia, todo sostenido en argumentos legales dudosos, fuera de contexto y hasta totalmente falsos. En cualquier otro país desarrollado, el sólo hecho de que cualquier civil pudiera adquirir –de forma legal y expedita – armas largas diseñadas para matar cientos de personas eficientemente y en minutos sería una vergüenza nacional.

No sólo se habla de armas pequeñas para la defensa personal o de rifles de caza, una actividad legítima bajo la ley, sino de herramientas de guerra, rifles automáticos, granadas y demás que son más fáciles de adquirir que una licencia de conducir y pueden ser compradas en menos tiempo de lo que toma una ducha o un episodio de TV. La epidemia de armas de fuego en este país no discrimina, afecta a todos por igual.

Según estadísticas confirmadas por Político y el New York Times, las armas han extinguido la vida de más ciudadanos de Estados Unidos desde 1968 que en todas las guerras que ha peleado el país desde su concepción. En 1968 fue cuando el candidato presidencial Robert Kennedy, hermano del también asesinado John F. Kennedy, sucumbió a los 4 tiros que un protestante radical le propinó con un arma legal. Casi 12 años después sería John Lennon, el internacionalmente famoso cantante de los Beatles, quien sería asesinado por otro individuo y otra arma comprada legalmente. Décadas después, la palabra Columbine quedaría marcada en la historia de Estados Unidos por una terrible masacre que activaría un debate sobre el control de armas que perdura hasta hoy, renovado por una larga lista de tragedias similares: Virginia Tech, Sandy Hook, Aurora, Isla Vista, Red Lake, Washington Navy Yard, Oak Creek, y pare de contar.

Ahora llega San Bernardino, donde dos sospechosos asesinaron a 14 personas e hirieron a 21. Otro tiroteo más en un 2015 que ha visto 354 tiroteos masivos –de 4 personas o más- en lo que va de año, o lo que es lo mismo, más de uno al día. Y más allá de la relación de los tiradores de San Bernardino con grupos radicales como ISIS, la reacción fue más de lo mismo. El público se entristece y se molesta. Las autoridades buscan motivos. Los políticos ofrecen rezos y buenos deseos. Y el ciclo sigue, una y otra vez, ignorando los charcos de sangre a su paso.

Es hora de un cambio. Esa furia y frustración que la población siente luego de cada tiroteo debe ser enfocada hacia los líderes electos que en vez de proteger al pueblo que les dio el poder, protegen los intereses de las industrias y organizaciones que se benefician de las ventas de armas en Estados Unidos, el mercado más rico y numeroso de armas en todo el mundo. Los mismos políticos que un día consuelan a las víctimas, luego van y votan contra los más básicos esfuerzos para restringir armas de fuego avanzadas, incluyendo una iniciativa reciente que hubiera prohibido la compra de armas y

explosivos a todo aquel individuo cuyo nombre esté en la lista de “No-Fly” del FBI, una lista elaborada por organizaciones de seguridad que enumera a aquellos individuos que tienen prohibido montarse en un avión por sospechas de terrorismo doméstico o internacional. Y es que el terrorismo, a pesar de lo que digan algunos para ganar votos, no tiene una sola cara o una sola cultura. Olvídense de las bombas y de los aviones, cada tiroteo masivo es un acto terrorista en sí, llevados a cabo siempre por individuos que siguen teniendo la habilidad de comprar armas de guerra de forma indiscriminada, algo de lo que ISIS y Al Qaeda han tomado nota.

Como es costumbre luego de cada masacre, aquellos que se oponen a la restricción de armas argumentan que ninguna ley puede detener a todos los criminales. Y es cierto que hay retos, algunos constitucionales, para elaborar una restricción de armas que funcione. También dicen que, como en Francia, las armas pueden ser obtenidas ilegalmente. Pero al menos hay que intentarlo, tal y como tantas otras naciones ya han hecho. Australia, un país que solía tener múltiples tiroteos al año, no ha tenido uno sólo desde que cambiara sus leyes en 1996.

Medidas similares son necesarias en Estados Unidos. No existe motivo o razonamiento alguno para que un civil mantenga en su posesión armas largas de guerra y miles de municiones. No hay interpretación alguna de la segunda enmienda de la constitución –la que garantiza el derecho de tener armas- que pueda argumentar derechos ilimitados inmunes a una regulación razonable. Cuando los padres fundadores de este país agregaron la enmienda en 1791, el mosquete era el arma más común, un rifle capaz de disparar una o dos veces en un promedio de dos o tres minutos. Seguramente no tenían en mente la AR-15, capaz de disparar 800 tiros en menos de un minuto, una variante de las armas –totalmente legales- elegidas por los tiradores en San Bernardino.

Es hora de ponerle fin a la violencia. No es casualidad que el Sur de los Estados Unidos tenga los índices más altos de muertes por armas y el índice más alto de armas por cada casa. No es casualidad que en Japón morir por una herida de bala sea tan común como morir por un rayo, o que en Alemania haya más muertes por objetos cayendo al azar que por balas. Esta epidemia de armas de fuego no se acabará con palabras, sino con acciones, con cambio.

English:

Irresponsible. Immoral. Ridiculous. There are plenty of adjectives that can be used to describe the problem of guns in the United States, a country that instead of denouncing guns as killing machines, it digs deeper into a bloody path of violence, all based on shaky legal arguments, out of context data and even completely false facts. In any other developed country, the mere fact that any civilian could swiftly and legally acquire long weapons designed to kill hundreds of people efficiently and within minutes would be a national disgrace.

We are not just talking about personal small arms or hunting rifles, a legitimate activity under the law, but tools of war, automatic rifles, grenades and others that are easier to acquire than a driver's license and may be purchased in the time it takes to shower. The epidemic of firearms in this country does not discriminate, it affects everyone equally.

Weapons have extinguished the lives of more citizens in the United States since 1968 than in all the wars the country has fought since its inception. The year 1968 was when presidential candidate Robert Kennedy, brother of the by then assassinated John F. Kennedy, succumbed to 4 shots fired by a radical protester with a legal weapon. Nearly 12 years later it would be John Lennon, the

internationally famous singer of the Beatles, who would be killed by another individual and another legally purchased weapon. Decades later, the word Columbine would be highlighted in the history of the United States for a terrible massacre that would spark a gun control debate that would be reignited in a long list of similar tragedies over the years: Virginia Tech, Sandy Hook, Aurora Island Vista, Red Lake, Washington Navy Yard, Oak Creek, and counting.

Now it was San Bernardino, where two suspects killed 14 people and wounded more than 21. It was just another shooting in a year that has seen 354 mass shootings -4 people or more so in 2015, equivalent to over 1 per day. Moreover, beyond the relationship the San Bernardino shooters have with radical groups such as ISIS, the reaction it was more of the same. The public is sad and upset. The authorities are seeking reasons. Politicians offer prayers and good wishes. The cycle continues, over and over, ignoring the puddles of blood left behind.

It is time for a change. The anger and frustration that people feel after each shooting must focus on elected leaders that choose to protect the interests of the firearm industries that benefit from the multi-million dollar arms sales in the United States instead of protecting the people. Those same politicians comfort the victims one day and then vote against the most basic efforts to restrict gun violence the next. More recently, an initiative that would have banned the purchase of weapons and explosive for anyone of the "No-Fly" list by the FBI was defeated in congress, with all but one republican voting against it. What reason could a person have to allow possible terrorists to purchase weaponry? Why are they so afraid of a universal background check that could make sure the wrong people do not get their hands on war-grade weapons?

For all the tough talk on terrorism politicians do, they seem to forget that each mass shooting is a terror act in itself, not done by a single culture as some may have the public believe, but by people of all backgrounds that somehow keep slipping through the cracks and getting their hands on tools of mass killing.

As it is usual after each slaughter, those opposed to strict regulations argue that no law can stop all criminals. Challenges exist, some of them constitutional, to pass gun control. They also say that, as in France, weapons can be obtained illegally. The government must at least try. Australia, a country that used to have multiple shootings per year, has not had a single one since passing regulation in 1996.

When the founding fathers of this country added the second amendment in 1791, the musket was the weapon of choice, able to shoot once or twice in an average of 2-3 minutes. Surely, they did not have in mind the AR-15, a variant of the weapon of choice in San Bernardino, capable of firing 800 rounds in less than a minute.

It is time to end the violence. It is no coincidence that the Southern United States has the highest rates of gun deaths and the highest rate of weapons per household. It is no coincidence that death by gunshot is as common in Japan as death by lightning, or that people in Germany are more likely to die from a falling random object than a bullet. To stop this gun epidemic we need more than words, we need action, we need change.